

EL  
ALETEO  
DE LA  
MARIPOSA

UN THRILLER POLICÍACO

LUIS A. SANTAMARÍA

Cierto día del verano de 2006, cuando el pequeño Oli se atrevió a husmear en los resultados médicos de sus padres, una mariposa cualquiera apareció de la nada, y, sin ningún motivo aparente, batió sus alas. Ese otoño, en Oxford, un solitario agente de policía es atacado mientras dormía, la misma noche que se produce un sangriento asesinato en la otra punta de la ciudad. Ajena a ello, una joven inglesa toca el violín en la calle mientras piensa en un amor imposible del pasado. En Madrid, un talentoso neurocirujano es acusado del homicidio de su propio paciente, el multimillonario dueño de una famosa empresa. Aparentemente, ninguna de estas historias está relacionada con los sucesos del pasado 12 de octubre protagonizados por Oli y el Yayo. Aparentemente...

La teoría del caos establece el «efecto mariposa» en base al siguiente proverbio chino:

*El simple aleteo de una mariposa puede cambiar el mundo.*

Cierto día del verano de 2006, cuando el pequeño Oli se atrevió a husmear en los resultados médicos de sus padres, una mariposa cualquiera apareció de la nada, y, sin ningún motivo aparente, batió sus alas.

## Prólogo

Se despertó, abriendo los ojos en una fina línea, e inmediatamente después sonó el teléfono. O quizá fuera el irritante timbre lo que le hizo desvelarse. En cualquier caso, se sorprendió a sí mismo recostado sobre el sofá de cuero de su salón. Llevaba puesto un traje negro y unos zapatos a juego, el mismo atuendo que llevaba el día anterior. Hacía calor.

No podía recordar con claridad lo sucedido en las últimas horas, pero se alegró de encontrarse en casa. El último dato que su memoria registraba era que ya había anochecido cuando salió del piso, y un vaso de Jack Daniel's sobre la barra de algún bar constituía la única pista que podía ayudar a reconstruir la velada. Ese solitario recuerdo hizo que fijara su atención en una botella de cristal vacía que, frente a sus ojos mareados, reposaba borrosa sobre la mesita delante del sofá.

Suspiró.

Tenía los párpados casi cerrados, pues estaba convencido de que si los abría del todo, sufriría potentes dolores de cabeza. Intentó moverse, pero tenía el brazo izquierdo dormido y no le respondía; se había quedado dormido sobre él. Sintió un incómodo cosquilleo en la punta de los dedos cuando por fin lo liberó con un forzado movimiento de rotación. Después separó con lentitud la oreja izquierda del cuero negro, dejando a la vista la huella que su propia babillosa había dejado sobre el cojín. Sentía un sabor metálico en la boca, y una incómoda masa pastosa le impedía sali-

var. Decidió que lo primero que haría tras atender la llamada telefónica sería lavarse los dientes. Se incorporó con dificultad, y tras un *fuck* y un par de *shit*, descolgó el teléfono con un simple *hello*.

—Soy Carroll. —El llamante hablaba en perfecto inglés. Acto seguido, una pausa—. Espero no haberte despertado.

El hombre miró a su alrededor, desorientado y con una incipiente jaqueca. Aún era de noche. La poca luz procedente de las farolas exteriores se colaba por el cristal de la ventana, descubriendo parte del mueble de estanterías. Un fuerte enfado, seguido de una extraña sensación de agobio e impotencia, le sobrevinieron cuando siguió con la mirada el haz de claridad. «Desorden» no era la palabra adecuada para definir lo que vio. Las decenas de libros y discos compactos, los trofeos de tenis que había acumulado a lo largo de sus años de adolescencia y un par de jarrones modernos que, si bien no valían una fortuna, tenían un alto valor sentimental, se hallaban esparcidos por el suelo. Estaban amontonados, abollados y hechos pedazos. Si hubiera seguido analizando la habitación, habría encontrado también un impacto en el centro de su televisor último modelo que resquebrajaba las cuarenta y seis pulgadas prácticamente en su totalidad. En un movimiento instintivo se llevó la mano a la parte de atrás de la cintura, donde solía llevar encajada su pistola. Se sobresaltó al palpar el vacío en la funda del arma, y suspiró aliviado cuando la encontró posada sobre la mesita, a unos centímetros de la botella de *whisky*. Era una Hekler Koch Compact, un arma de casi 700 gramos con el cargador preparado para balas Parabellum de 9 milímetros. Ligera, fría y manejable. No recordaba haberla puesto ahí, y eso era extraño, pues se había acostumbrado a ser consciente de ella en todo momento.

Frunció el ceño.

—¿Agente? —insistió la voz.

—¿Qué cojones quieres a estas horas, Tom?

—Siento haberte despertado en tu día libre, pero ha ocurrido algo esta noche.

Su día libre. Se suponía que esas palabras significaban algo bueno. La gente solía aprovecharlas para hacer excursiones al campo con sus familias, ir a cenar al centro con sus parejas, jugar al fútbol con sus hijos o, si hacía buen tiempo, quizá disfrutar de una grasienta y calórica barbacoa con los vecinos. Él, sin embargo, tenía otra clase de planes. Dormiría hasta tarde, puede que hasta las 14 o las 15 horas. Después *desayunaría* un *whisky* con hielo mientras disfrutaba del partido de Andy Murray por televisión. El día terminaría con la visita de Ania que, como cada vez que él lo requería, compensaría su día libre de mierda con un tórrido y salvaje ejercicio de sexo sobre la moqueta del dormitorio, yendo ambos hasta arriba de champán.

Pero Carroll había llamado, algo había ocurrido esa noche. Algo serio, pensaba el detective sin dejar de observar la estantería, que sin duda iba a desbaratar su día libre.

—¿Me estás escuchando? —insistió la voz tras el auricular.

—Tom, ¿qué dices que ha sucedido?

—Creo que deberías verlo con tus propios ojos. —La voz de Thomas Carroll sonaba temblorosa al otro lado del teléfono—. Cowley Road, número 219. Dios mío...

—Está bien, no pierdas la calma. Me cambio en un segundo y salgo echando leches para allí. Solo dime qué debo esperarme, ponme un poco en antecede...

No terminó la frase. Durante la conversación, había estado notando escozor en la zona del antebrazo derecho. En realidad lo había estado notando desde que despertó. En un acto instintivo, se llevó la otra mano a la zona del picor para remangarse y rascarse. Fue entonces cuando palpó que algo pegajoso le cubría la piel. Se quedó atónito con lo que vio, y entendió que su malestar no se debía tan solo a la resaca: tres profundos arañosos le recorrían el brazo, desde el codo hasta la muñeca. Y a juzgar por el color amo-

ratado al que estaba tornando la piel ensangrentada, estaban empezando a infectarse.

«Pero qué coño...».

—Se ha cometido un terrible asesinato esta noche —sentenció Carroll.

El detective tragó saliva.

Tras despedirse con la promesa de que se plantaría allí *as soon as posible* (lo antes posible), colgó el teléfono y se incorporó del sofá. Aturdido, observó la cerradura de la puerta principal: parecía estar intacta. Después caminó a través del pasillo de su casa ayudándose de las propias paredes. Alcanzó el cuarto de baño, y al examinar su aspecto frente al espejo empezó a sudar. Tuvo que sentarse sobre el retrete para controlar los mareos que estaban empezando a dominarle. Tenía el labio ligeramente agrietado (de ahí que sintiera la boca tan pastosa), y algunas manchas de sangre seca ensuciaban la barbilla, el cuello, y buena parte de la camisa.

Alguien, lo más probable un profesional, había entrado en la casa por la noche destrozando el mobiliario, drogándole y propinándole una buena paliza. Y lo peor de todo, lo que más lo atormentaba, era que no se acordaba absolutamente de nada. Por un insignificante instante, el agente sintió pánico.

## Capítulo 1

—¿Cree que algún día me dejarán salir de este lugar, Morgan?

—Eso espero, doctor. Si fuera yo, no soportaría la idea de morirme entre estas cuatro paredes. Tengo demasiadas cosas maravillosas en el mundo exterior.

—¿De veras? ¿Qué tiene en ese *mundo exterior* suyo que sea tan valioso?

—Pues mi mujer, a la que adoro, y mis dos hijos, Benjamin y África, que son mi razón para levantarme cada día.

—Entiendo.

—¿A qué viene esa cara, Salas? ¿Acaso no tiene usted nada en el exterior?

—No mucho, para ser sincero.

—¿No tiene usted hijos?

—Venga, vayamos a dar un paseo. Hace un día espléndido.

—¿Por qué no quiere responderme? Se está yendo por peteneras conmigo y no lo soporto, ya lo sabe. ¿Tiene hijos o no?

—Insisto, salgamos fuera y caminemos. Tengo el presentimiento de que este va a ser un gran día.

\* \* \*

### ***Lunes 6 de noviembre de 2006***

El juez José Miguel Callejo se llevó las gafas a unos centímetros de la boca y dejó escapar una bocanada de aire

caliente. Mientras limpiaba los cristales con minuciosidad, observó al hombre con gabardina que se hallaba sentado a su derecha, en diagonal. Su mirada se concentraba en los formularios que tenía sobre la mesa y, con un ceño permanentemente torcido, hacía intuir una personalidad tosca y con nulo sentido del humor. El doctor Grau se le había presentado hacía poco más de media hora con un escueto «hola, qué hay», justo antes de tomar asiento en su lugar correspondiente de la sala, y no le había vuelto a dirigir la mirada. Callejo le echaba unos cincuenta años, aunque bien podía ser un joven de cuarenta amargado por su propio ego, o un anciano cuyo pelo moreno y abultado le quitaba quince años de encima. Bajo la gabardina se dejaba entrever un estiloso traje azul marino complementado por una corbata del mismo color.

Concentrado en este examen visual se encontraba el juez cuando fue cazado por el doctor, que le lanzó tal mirada que hizo que volviera la cabeza por instinto.

Después apoyó las gafas sobre la punta de la nariz y fingió leer los papeles que tenía delante. Pero los pensamientos que en realidad ocupaban su mente estaban todos relacionados con la misma fecha: el pasado 12 de octubre. Hasta aquel maldito día había disfrutado de algunos meses tranquilos en la comarca, sin más ocupaciones laborales que algún inocente juego de tráfico de drogas entre menores de edad, un par de casos de violencia de género, y algún intento de robo felizmente resuelto por la Guardia Civil. Todo cambió, sin embargo, cuando ese tal Charly, el manco que regentaba en Ámbar aquel garito de dudosa legalidad, fue cazado con la polla fuera del pantalón y las manos en las tetas de esa pobre chiquilla. El caso estuvo cerrado en menos de veinticuatro horas. La joven denunció el intento de violación y la sabandija del muñón fue obligada a abandonar el pueblo hasta que se celebrara el juicio que lo llevaría directo a la cárcel. Un éxito de la justicia y otra medalla más para el juez Callejo. Pero el día 12 ocu-

rrieron una serie de imprevistos. El hombre que había ayudado a impedir que la joven fuera violada fue encontrado muerto en la playa debido a, según lo que había llegado a los oídos del juez, un derrame cerebral. Y cuál fue su sorpresa cuando dos días después, tras el funeral, el suegro del fallecido fue denunciado, ¡por su propia hija!

Callejo dio un sorbo al café que acababa de sacar de la máquina y fijó la mirada en el infinito.

Al parecer, el suegro, un prestigioso médico jubilado, había falsificado el diagnóstico para ocultar la enfermedad de su yerno, Dios sabía con qué propósito. ¡Un caso tan surrealista como este no se daba todos los días!, pensó el juez entonces, y lo seguía pensando ahora. Todo hubiera resultado un divertido desafío si la acusación de la viuda no hubiera venido apoyada por un testimonio de la doctora que había sido víctima de la mentira del anciano y sus falsos diagnósticos. La chica se llamaba Sara Mora, y resultó ser la misma que había denunciado el intento de violación del desgraciado de Charly menos de una semana antes. Demasiadas coincidencias. De esas de las que a lo largo de muchos años al servicio de la ley había aprendido a desconfiar.

Y aún faltaba lo mejor. La guinda del pastel. El juez Callejo recordaba estar a punto de salir por la puerta de su casa, camino de su despacho, cuando recibió una llamada urgente del propio cuartel de la Guardia Civil: Charly había sido encontrado muerto a los pies del acantilado. Encontraron restos de sus sesos esparcidos entre las rocas.

La puerta del recinto se abrió, y una agradable señora de gesto sereno entró acompañada de un ujier, quien amablemente la invitó a tomar asiento en la silla que ocupaba, solitaria, el centro de la sala.

A José Miguel Callejo había algo que no le cuadraba. Charly se había suicidado y el extraño caso del doctor chiflado iba a resolverse esa misma tarde. No obstante, todo resultaba tan bien conectado, tan sencillo, que lo inquieta-

ba. Decidió que en cuanto terminara la citación que estaba a punto de empezar movería algunos hilos.

—Doña Violeta, por favor, póngase cómoda —se dirigió a la mujer con un potente tono de voz—. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos. No le robaremos mucho tiempo.

Sara Mora dedicó todo el viaje a mirar con nostalgia por la ventanilla, primero del tren, más tarde del avión, y ahora, del autobús. Sentía que llevaba el día entero viajando, y en realidad, entre trayectos, trasbordos y tediosas esperas, así había sido. Le costaba acostumbrarse a la enrevesada manera que tenían los ingleses de conducir por la izquierda, y en cada rotonda, cuando el vehículo giraba en el sentido de las agujas del reloj y no al revés, creía sufrir un micro infarto en el corazón. El paisaje había sido regular desde que saliera de Londres: praderas verdes, colinas verdes... verde, verde, y más verde. La joven doctora observaba embelesada la hermosura de la Gran Bretaña, y por primera vez en todo el trayecto se convenció de que podría ser un viaje sin retorno. Le agradó la idea, hecho que la sorprendió. Echó un vistazo a su reloj para comprobar que no faltaba mucho para llegar.

Tenía el ordenador portátil abierto y encendido sobre las rodillas. Una copia en formato «pdf» de la portada de El Diario Montañés, noticiero local de la provincia cántabra, ocupaba la pantalla. Sara había estado divagando durante gran parte del viaje en torno a la misma noticia:

#### SUCESIÓN DE TRAGEDIAS EN ÁMBAR

Bajo el titular aparecían publicadas cuatro fotografías en primer plano de Charly, Alfonso, el doctor Salas, y ella misma, en ese orden. «¿De dónde demonios habrá sacado esta gentuza una imagen mía?». La noticia era extensa, y resumía con bastante detalle (y algún que otro sensacionalis-

mo inventado) lo acontecido durante la semana fatídica en la localidad norteña. Sara odió que se la hubiera señalado como «*pobre joven cuyo salvaje intento de violación sin duda tardará en superar*», aunque reconoció que por lo menos habían tenido la decencia de apuntar su «*brillante carrera en el mundo de la neurocirugía*». Además, según ella, la publicación era demasiado bondadosa con Salas y el tullido, a quienes se calificaba de «*ingenioso calculador*» y «*enfermo mental*», respectivamente.

Cerró el portátil con rabia y lanzó un soplido al aire.

Sentado a su izquierda, un hombre obeso y de piel rosácea dormía inclinado hacia ella. *Porky*, como decidió bautizarle Sara por motivos obvios, roncaba tan fuerte que en ocasiones parecía que se iba a ahogar. La joven deseaba llegar a la estación para perderle de vista, pero hasta entonces debía distraerse. Con cuidado de no despertar al enorme gorrino, se inclinó para guardar el ordenador y extraer un cuaderno y un bolígrafo del bolso que llevaba a sus pies. Se detuvo unos segundos mirando a la hoja en blanco, hizo «clic» con el bolígrafo y lanzó un suspiro nervioso. Acto seguido comenzó a escribir:

*Diana,*

*Escribo desde el autobús. Son las ocho y media de la tarde, y creo que debo de estar a punto de llegar. Estoy agotada, pero el largo viaje ha merecido la pena, ¡qué bonito es esto! Siempre se dice que el clima en Inglaterra se basa en la lluvia, el frío y la niebla (deberías ver mi maleta, parece la de un esquimal), pero hoy hace un día espléndido. Era muy muy temprano cuando he salido de Ámbar, y el tren que me ha llevado a Madrid ha tardado más de cinco horas. He aprovechado para desayunar en la cafetería que tenían instalada en uno de los vagones, aunque el café era difícil de digerir y apenas tenían bollería; me he contentado con un Donut que estaba... ¡duro como una piedra! He ido casi todo el viaje dormida, y cuando he llegado a Madrid estaba lloviendo sin parar. Después casi me pierdo en el metro. Pensaba que llega-*

*ría tarde a coger el avión, pero finalmente ha salido con retraso, así que...*

Se detuvo, releyó su propio texto, y tachó las últimas frases, decidiendo que a Diana no le interesarían en absoluto los detalles de su aburrido día.

«¡Céntrate, Sara!», se regañó.

Era obvio que estaba nerviosa. La caligrafía era enérgica e imperfecta. Entre frase y frase tomaba aire, excitada, para después continuar.

*He estado mal, Diana. Durante este último mes me han ocurrido ciertas cosas de las que me voy recuperando poco a poco, ya lo sabes. No le he contado a nadie, salvo a ti, por supuesto, lo del intento de violación. —A la joven le tembló la mano—. Como te conté en la última carta, mi violador se tiró por el acantilado. Sin embargo mis pesadillas no cesan, más bien todo lo contrario. En ocasiones me despierto de madrugada, con el cuerpo empapado de sudor, convencida de que el manco de ojos extraños está debajo de la cama. Que ha sobrevivido y ha vuelto para terminar su trabajo conmigo. Sé que es una estupidez. No quiero terminar en un psiquiátrico, tengo fe en que este viaje me ayudará a reencontrar la paz. A veces tengo miedo de mí misma, de cometer alguna locura.*

*Y hablando de médicos, está el otro tema. El doctor Salas de las narices. El muy capullo me traicionó, nos traicionó a todos. Merece pagar por lo que hizo. Me obligó a fracasar en mi diagnóstico y a mentir a toda una familia, a una amiga. ¡Me siento tan responsable! Verónica solicitó mi ayuda el otro día, como testigo directo y víctima principal, para denunciar a su padre. Es muy duro todo lo que está pasando en esa familia, pero el viejo merece pagar. No soy una persona rencorosa, pero ayudé a Verónica y testifiqué contra él. Era lo que el corazón me pedía, hice lo correcto. Creo que va a ser juzgado.*

Una lágrima recorrió el pómulos de la joven y se vio obligada a detener la redacción. Tras concederse medio minuto,

se sonó los mocos y se calmó.

*Por fin ha llegado el día. Dentro de unos minutos pisaré el suelo de esta ciudad y empezaré una nueva vida. Haré lo que debí haber hecho hace muchos años.*

*Gracias por todo, Diana. Pronto tendrás noticias mías. Te lo prometo.*

Guardó el cuaderno y el bolígrafo en su sitio y, emocionada, volvió a dirigir la mirada al paisaje verde, ahora oscuro por la nocturnidad. Verde esperanza.

Porky fue despertado por uno de sus más potentes ronquidos, desorientado y satisfecho, en el justo momento en que el autobús entraba en los andenes de la Gloucester Green Coach Station, estación de autobuses de la ciudad de Oxford.

—El tractor no debía de ir a excesiva velocidad. Y más teniendo en cuenta que circulaba a la altura del número 5 de la calle Granito, un camino por aquella época sin asfaltar y en el límite de una zona residencial bastante tranquila. El vehículo era tan ancho que ocupaba parte del sentido contrario, obligando a los demás automóviles, motos y bicicletas a apartarse de su camino hasta que a trompicones conseguía pasar. El conductor del mastodonte daba por sentado que el resto de los ocupantes del camino iban a tener cuidado con él.

El juez Callejo echó la mano al bolsillo trasero de su pantalón y sacó un paquete de tabaco, pero recordó que ya no estaba permitido fumar en recintos públicos, así que lo lanzó sobre la mesa. No dejaba de prestar atención a las palabras cansadas de la mujer. Tampoco pasó por alto que el doctor Grau lo estaba apuntando todo en sus folios perfectamente alineados.

—Pero aquella tarde, mi niña de seis años, que jugaba a tirar la pelota contra una pared y saltar sobre ella cuando volvía, tenía otras cosas en la cabeza. Es posible que la pe-

lota se le escapara en el momento del rebote y saliera disparada. O quizá el conductor estaba encendiendo una cerilla en ese preciso instante. O puede que aquella tarde de octubre, entre un viento típicamente otoñal, solo fuera una chiquilla distraída más. En cualquier caso, Amelia no vio acercarse al tractor cuando corrió a recoger su pelota. Oye-  
ra o no la bocina, está claro que no le dio tiempo a reaccionar.

Doña Violeta miraba fijamente a los ojos de Callejo mientras narraba la muerte de su hija, lo cual pareció casi heroico al juez, dadas las circunstancias.

»Según contaron los testigos, el hombre giró el volante, pisó el freno con fuerza, y detuvo el vehículo generando una violenta nube de polvo en el camino. Pero fue inútil. Un fuerte impacto se escuchó y se sintió en la parte frontal del chasis. A Rafael y a mí nos sorprendieron los gritos de los vecinos, así que nos precipitamos fuera de la casa, donde encontramos a Amelia tendida en el suelo sobre un charco de sangre. Estaba inconsciente, pero aún tenía pulso. Rafael la metió en el coche y la trasladamos al sanatorio de la Virgen del Carmen de Torrelavega, a más de treinta minutos desde Ámbar hacia el interior. Allí fue donde finalmente murió.

—Vaya, lamento la tragedia.

Violeta asintió como respuesta al sincero pésame del juez, pero su mirada lo fulminaba dándole a entender que la idea de la citación no era del todo de su agrado.

—El luto duró demasiado tiempo. Familiares y amigos de todos los rincones de España vinieron a visitarnos durante los meses siguientes para ayudarnos con la casa y el cuidado de las niñas, que por aquel entonces eran aún dos bebés. Mi marido, que ya gozaba de un buen puesto de médico en la clínica, no pudo contener la pesadumbre que le torturaba por dentro. En casa, si alguien se acercaba a echarle una mano con el fregado de los platos, por ejemplo, se sentaba en la primera silla que encontraba y empe-